

APRENDER A SER Jorge Yarce

“Haber sido no cuenta, ser es lo que importa” (Shakespeare)

“No te contentes con ser lo que eres, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Porque allí donde te consideraste satisfecho, allí te paraste. Si dijeres “basta”, pereciste. Crece siempre, progresa siempre, avanza siempre” (San Agustín).

En todo Juan –dice Mark Twain– hay en realidad tres Juanes: *el que los demás creen que es, el que él cree ser, y el que realmente es.* Podríamos completar la idea diciendo que hay dos Juanes más en cada Juan: *el que él quiere ser y el que él puede ser.* Tanto sus posibilidades como sus aspiraciones también lo definen lo definen, forman parte de su ser actual y de lo que todavía no es.

Mientras se vive, la felicidad que buscamos es siempre plenitud en camino. No se trata de desdoblarnos en cinco personalidades distintas, sino de comprobar que lo que cada uno cree ser no es toda la fotografía de su ser. De ella también forman parte lo que los demás creen que uno es, lo que realmente uno es, y lo que cada uno puede ser y quiere ser.

“Lo más apasionante de la vida humana –decía Chesterton– es lo que todavía no hemos vivido”, pero forma parte de nosotros como anhelo, incertidumbre o espera. San Agustín expresa esa misma idea de otra manera: *“el hombre es el ser que es más que hombre”*: su ser no se reduce a su naturaleza. Ser persona es mucho más que un *“animal racional”*. Es una individualidad única e irrepetible.

A todos nos interesa saber qué es la persona y cómo desarrollar una personalidad propia. Ser persona no es algo acabado, terminado, o un don que se recibe y permanece estático. Es un ser abierto, siempre en posibilidad de perfeccionarse. Si la persona sólo imita lo que hacen los demás, trata de ser igual a ellos, se malogra porque no asume la responsabilidad de su propia vida.

Hay personas a las que la vida les va imponiendo un modo de vivir que se vuelve un modo de ser. Lo que hacen se adhiere tan perfectamente a su conducta, que casi se olvidan de su propia personalidad y se refugian en lo impersonal: así se vive, se piensa y se

hace. Pero también así se deja de ser lo que uno realmente es y lo que quisiera ser. Es mucho más fácil esconderse detrás de un colectivo sin nombre que buscar tener una personalidad auténtica.

Entre las características que nos sirven para describir a la persona (Grissez) podríamos destacar:

El autodomínio: hacerse cargo de sí mismo, ser dueño de mis actos. Ser capaz de autocontrolarse, ser autónomo.

La autonomía se conquista en la medida en que se es autosuficiente para conseguir los bienes que integran la felicidad.

La libertad: capacidad de autodeterminarse desde la voluntad, de decidirme a ser lo que quiero ser, porque puedo lograrlo si empeño todas mis fuerzas. Sin libertad no podríamos apenas movernos físicamente; nuestro ser interior se paraliza. En la libertad está en juego el destino de la persona.

La autorrealización: la intimidad que se va forjando a sí misma a través de todos los actos. Nadie puede hacerlo por nosotros. Nos toca enfrentarnos con nosotros mismos en forma valiente y sincera: para conocernos y para examinar lo que va mal; para orientarnos decididamente a la consecución de la felicidad.

El darse, la entrega o donación de sí mismo: en virtud de la apertura a los demás, la persona se realiza dando lo mejor de sí misma y recibiendo lo mejor de los otros. Esa entrega es como el precio de la libertad auténtica. No es una simple libertad para responder *de qué somos libres*, diría Nietzsche, sino *para qué somos libres*.

Lo que yo quiero ser y puedo ser, lo aprendo a ser. No he nacido ya con todo hecho, con un bagaje único. En el fondo, depende de mí mismo el lograr ser persona. Yo seré lo que quiero ser si me lo propongo, si pongo en marcha mis posibilidades, las desarrollo y las integro en una unidad vital. Esto va contra el fatalismo de quienes creen que la vida que llevan depende de la suerte, de un destino desconocido o de un dios que arbitrariamente distribuye a unos bienes y a

otros males. Como si fuera una lotería y no un reto, un desafío en el que se tiene éxito o se fracasa.

No hay un molde: cada uno es único

Soy el único artesano de mi fracaso o de mi triunfo. No porque pasemos sobre los demás, sino porque contando con las circunstancias o a pesar de ellas, soy capaz de construir mi futuro con mis propias manos.

No hay suerte o magia que valgan. Por eso la voluntad es tan decisiva o más que la razón. El pensamiento está abierto al conocimiento de los seres y la voluntad a la acción. La voluntad traduce a la acción el pensamiento. El querer le imprime el sello personal a la conducta. Ahí está presente el mundo afectivo (sentimientos, pasiones, emociones, motivaciones), lo que hoy se denomina la inteligencia emocional.

Esta es más importante de lo que pensamos. Antes el pensamiento racional era lo definitivo, porque no conocíamos bien la relación entre cerebro y emoción. Pascal hablaba de la lógica del corazón, que sigue reglas muy distintas de la lógica de la razón.

La acción voluntaria es la base del obrar del hombre en razón de su condición de ser libre. Empieza por ser antes un acto de la razón, objeto de juicio y deliberación, y después, de elección, decisión y ejecución. Yo tengo que aprender a ser persona única, irreplicable en el mundo, con una historia propia y singular, imposible de someterse a clonación o duplicado idéntico.

Esa es mi aventura, mi reto y mi esperanza. La voy alcanzando poco a poco, entre aciertos, fracasos e ilusiones: lo que importa es caminar, vivir auténticamente, siendo nosotros mismos.

“Aprender a ser” es lograr una personalidad definida y coherente, es decir, convertirse en una persona que sabe lo que quiere en la vida. En otras palabras, ser una persona de carácter, que sabe para dónde va en la vida y tiene unos objetivos y una misión claramente definidos. Además, conoce sus fortalezas y limitaciones.

La persona es unidad vital que integra el conocimiento, los valores y la experiencia en las diferentes dimensiones del obrar humano.

Esto se expresa de muy diversas maneras: vida feliz, vida lograda, vida auténtica, personalidad

realizada, armónica y equilibrada, propia de una persona madura.

Quitarse la máscara

Pero, ¿cómo entender un poco mejor este tema de la personalidad? Soy persona, pero la personalidad la tengo que desarrollar, lograr con el paso de los años.

De lo contrario, todos tendríamos la misma personalidad, y podemos constatar que no es así. Es necesario volver la mirada sobre nosotros mismos y avanzar en la comprensión de lo que la personalidad implica respecto de cada individuo.

La palabra persona significa en griego antiguo la máscara que se colocaban los actores, que resonaba al hablar (*prósopon*). De ahí pasó a la lengua latina como sinónimo de los papeles que desempeñaban los artistas en un drama (*dramatis personae*).

Persona, en la civilización cristiana, designa el modo de ser propio del individuo humano, lo que lo define como totalidad racional, espiritual y libre, en su dimensión existencial peculiar.

Es necesario quitarse la máscara de la impersonalidad, no dejarse arrastrar por lo que otros piensan, dicen o hacen. Y asumir el enfrentamiento con la propia personalidad, entendida ésta como un centro de actividad que me configura a mí como ser único, distinto de los demás, y que me caracteriza mucho más concretamente que decir que soy un ser racional o pensante.

Ser persona es condición que se tiene desde antes de nacer. Pero la personalidad es algo que se logra con el desarrollo existencial propio de cada uno, a lo largo de la vida, y siempre se está en camino de perfeccionamiento.

Nunca se puede decir que ya se llegó o que se tiene mucha personalidad. Siempre estamos en mora respecto a nosotros mismos y respecto a los demás, cuyas expectativas sobre nosotros cuentan tan decisivamente como las que cada uno tiene respecto a sí mismo. Ser persona quiere decir, de un lado, unidad y coherencia física, intelectual y espiritual y, de otro, responder por sí mismo y ejercer la voluntad libre para llegar a ser feliz en la entrega o servicio a los demás, que perfecciona y confiere

trascendencia a lo que hago, y me proyecta fuera de mí mismo.

Ser persona y poseer una personalidad es hablar de un sujeto único que piensa, quiere, actúa, y a lo largo de su vivir demuestra una identidad precisa, una continuidad y permanencia en el ser y en el modo de ser frente a los cambios que se presentan.

La persona no es suficientemente identificable en la actuación instintiva o inconsciente, una acción en cierto modo automática. La persona se distingue de los demás seres en la medida en que su congruencia, su racionalidad y su responsabilidad dan cuenta de sí misma y confieren sentido a sus acciones.

La personalidad aparece primero como intimidad, un principio interior de orden espiritual que posee capacidad de una reflexión madura que hace a la persona ponderada, objetiva y crítica, y le da apertura a la convivencia, a la que aporta su riqueza interior.

La personalidad es un continuo dinamismo de desarrollo y crecimiento. Como un motor sin fin. Es lo que podemos llamar la realización humana en busca de la felicidad, meta presente en todo lo que hace.

La personalidad no depende tanto del temperamento como del conocimiento y la reflexión, del criterio para juzgar las cosas, de la unidad de las acciones articulada por la voluntad, y de un proceso continuo de formación que impide que la persona se estanque.

La personalidad se expresa en conducta unitaria, en acciones eficaces, en asumir libremente la responsabilidad de sí mismo.

Cada acto de voluntad de la persona manifiesta el dominio que ejerce sobre las circunstancias y sobre el mundo material, porque sobre ella no puede ejercerse dominio, sino relación interpersonal de convivencia. En la medida en hay más fuerza de voluntad en una persona, hay mayor unidad y más perfecta coherencia.

Ser persona y tener personalidad es ejercer la capacidad de sentir necesidades morales, y adoptar comportamientos éticos tanto en relación con su mundo corporal y espiritual como con el mundo social circundante (Millán Puelles).

Yo construyo mi personalidad construyendo lo social. El hombre ha sido creado para el tú y para el nosotros, más que para el yo egoísta o individualista.

La personalidad confiere autonomía y conciencia de sí, en cuanto se fundamenta en el ser, no en el hacer y en el tener. A la conciencia de sí sigue la voluntad de querer y de procurar la perfección de los otros.

La persona no está encerrada en sí misma, tiene que trascender y proyectarse. Su ser es ser en tensión, en posibilidad de conquista diaria. Esta dimensión es indispensable para poder proceder a construir la convivencia social.

Tres modos de vernos

Existen lo que podrían llamarse “*estratos de la personalidad*” (Lersch): son diferentes tipos de fenómenos que es necesario distinguir para poder entender su mutua relación: biológicos, vitales, espirituales y referentes al yo personal. Se pasa progresivamente de lo anatómico y fisiológico a lo vital psicológico, y a la conducta superior del ser humano, inteligente y voluntaria y a la integración espiritual de sus actos en la unidad que denominamos persona.

El temperamento corresponde primero una clase de fenómenos que tienen que ver con la tipología física y fisiológica. Hay diferentes clasificaciones, que suelen mezclarse o con las del carácter, según diversos autores (primario, secundario, extrovertido, introvertido, ciclotímico, endotímico, etc.) .

Si nos conocemos bien, podemos manejarlo sin problemas, sabiendo a qué tendemos y cómo tendemos.

Hay condicionamientos que el temperamento impone sobre nuestro carácter y nuestra personalidad, pero lo importante es saber qué tipo de temperamento tenemos, aceptar que no vamos a cambiar de temperamento y saber moderarlo.

A veces creemos que no podemos superar ciertos modos de reaccionar por falta de carácter, y en realidad es el temperamento que nos está impulsando a actuar así.

Es muy difícil cambiar lo que viene condicionado por la anatomía y la fisiología, o por la herencia genética. Por eso reaccionamos instintivamente ante ciertos estímulos.

Lo importante en esos casos es tratar de que eso no determine todo lo que es una acción personal que está más en nuestras manos controlar, no dejando que altere la racionalidad o la voluntariedad de la misma.

El carácter es una tipología o modo de vernos basado más en lo psicológico que en lo fisiológico o anatómico, como ocurre con el temperamento. Y posee una flexibilidad mayor que el temperamento. No hablo del carácter en su sentido moral (“tener carácter”), sino en su sentido psicológico: “esa persona es un carácter...”

En el carácter la reacción está mediatizada, es más consciente. Como se dijo antes, las clasificaciones de los diferentes caracteres, son muy variadas: carácter activo, pasivo, nervioso, sentimental, flemático, colérico, apático, sanguíneo, etc.

Pero, tanto el temperamento como el carácter se ven afectados, en diferente grado e intensidad, por lo emocional, que se presenta como algo irracional. Mientras más se sube en la escala de los fenómenos o estratos de la persona, más posibilidad hay de ejercer un control desde los que representan funciones más elevadas y personales.

Cuando se habla de la esfera de los fenómenos del yo personal, la tercera forma de vernos, se quiere indicar lo propiamente espiritual, donde están presentes las potencias activas, la inteligencia y la voluntad, desde cuyo dinamismo se entiende la libertad como condición esencial de la persona.

El yo personal nos coloca en el plano de la personalidad como centro unificador de todas las operaciones. Aquí hay mucha más independencia de lo fisiológico y lo psicológico, pero dentro de una interacción de todos los fenómenos, que se influyen constantemente.

Las clasificaciones no están condicionadas, como en el temperamento y el carácter, por lo fisiológico o lo psicológico: son tipologías más amplias, como la de Spranger: hombre teórico, económico, estético, político, religioso. En cierto modo, puedo hacer cosas que van contra mi temperamento o contra mi carácter, pensándolo desde la esfera del yo personal o de la personalidad, o sea, de la libertad, no dejándome condicionar enteramente por ellos.

En ese sentido, puedo afirmar que yo soy lo que quiero ser, en la medida en que despliego mis

fuerzas, espiritual y libremente, tras los objetivos adecuados. Y nunca se puede decir ya basta, ya es suficiente, porque siempre puedo ser más, porque tengo por delante el futuro.

“Construir” la personalidad significa que la mayor parte de lo que hago, de lo que soy y de lo que seré, depende de mí, no de un código genético, aunque es cierto que poseo una naturaleza y ella recibe una influencia genética que me impone ciertos comportamientos. Eso quiere decir, sobre todo en la juventud y en la edad adulta, que es mucho más lo que yo decido a partir de mi comportamiento libre que lo que recibo por herencia.

En el comienzo de la vida, la persona es dependiente en un alto porcentaje de otro ser (la madre), y lo que tiene de independencia proviene más de un adiestramiento que de una tarea asimilada inteligentemente.

Después, con el ejercicio racional de la inteligencia, surgen el conocimiento y la conciencia de sí. Se recibe una instrucción que va más allá del adiestramiento, que permite conductas más libres que antes y, por tanto, una mayor independencia y autonomía.

Posteriormente, la educación permite moverse en esferas de libre querer, y la independencia se convierte en autodeterminación y autorrealización, con un menor grado de dependencia de los factores genéticos.

La construcción de la personalidad es desarrollo humano integral, tarea de mejoramiento continuo, labor de esfuerzo para vencer las limitaciones y, sobre todo, empeño por forjar hábitos estables de vida que me permitan alcanzar un grado de madurez por el cual me convierto en dueño de mi destino.

“Me invitaron a que fuera; fui y no dejaron ser”, decía un grafito en la calle de una gran ciudad. Quién sabe qué historia esconderían esas palabras, pero dejan qué pensar: debemos invitar a los demás a que, ante todo, sean lo que son y lo que quieren y pueden ser. A las demás personas, hay que dejarlas ser, que hagan su vida, que tengan un proyecto de sí mismas, un sueño para realizar, para luchar incansablemente por él. Así serán personas de verdad, que no se limitan a copiar conductas ajenas, que se preguntan quiénes son, para dónde van en la vida y cuál es la meta o sueño al que dedican sus mejores esfuerzos.